



## VI.

### OCURRENCIAS VARIAS.

1626-1633.

Jornada del Rey á Valencia y Cataluña.—Acciones con ingleses y berberiscos.—Presas de las galeras.—Naufragios en la costa de Francia.—Alianza con esta nación.—Viaje de la armada á Bretaña.—Instrucciones notables de D. Fadrique de Toledo.—Contingencias.—Socorro á la Mámora.—Navegación de la Reina de Hungría.—Complicaciones que origina.—Triunfo diplomático de Venecia.—La Corte en Barcelona.—Mal estado de las galeras.—El infante D. Carlos nombrado Principe de la mar.—Ceremonias.—Fallecimiento inesperado.—Disposiciones encaminadas al fomento de la marina.—Opiniones acerca de la redención de cautivos.—Marcha del Infante Cardenal.—Rectificación de una noticia grave.

**S**ONREÍA la fortuna á las armas de España en estos primeros años del reinado de Felipe IV, por lo visto. En el Perú, Brasil, Puerto Rico, La Mina, habían sufrido descalabros los holandeses; en todos nuestros presidios de África, los marroquíes; en la mar, turcos y argelinos; en Cádiz, vergonzosa rota los ingleses. Próspera también la campaña de Italia, la corte de Paris, iniciadora de la Liga, hizo proposiciones de paz á espaldas de sus aliados de Saboya y Venecia, concluyendo en Madrid tratado precursor de rompimiento por su parte con Inglaterra <sup>1</sup>.

En esta ocasión determinó el Rey hacer jornada á Valen-

<sup>1</sup> En Enero de 1626.—*Colección de Abreu y Bertodano.*



cia, Aragón y Cataluña con objeto de celebrar Cortes en cada uno de los reinos y demandar recursos. La guerra es sumidero de hombres y caudales, adonde iban á parar los de España, dejándola despoblada y exhausta, sin contar las calamidades que vinieron detrás: terremotos, inundaciones, incendios espantosos.

En segundo intento de Inglaterra contra los tesoros de Indias (1626), no fué más feliz que en el anterior: la armada de Lisboa, á cargo de D. Luis de Almeida, rindió, en dos encuentros sobre la costa, cuatro de sus naves, subió persiguiendo á las otras hasta el Canal de la Mancha, y no se volvió sin hacer considerable destrozo en las pesquerías <sup>1</sup>.

Alguno causaron los navíos del Almirantazgo mirando por el interés de la Compañía.

En Abril (1626) salieron de Sanlúcar tres naos gruesas y un patache, gobernadas por Antonio Corlex, en demanda de otras tantas con que el corsario holandés, nombrado Campana, había hecho presa en el Mediterráneo, por lo que era de suponer tendría acopiado botín de valor. Encontrándolas de retirada á la boca del Estrecho, rehusaron el combate guareciéndose bajo los fuertes de Salé, en Berbería. Los nuestros, habiéndolos cañoneado, fuéronse á cruzar sobre las Terceras, y de allí á la costa de Galicia, donde tomaron un navío inglés, que condujeron á la Coruña. Divididos al salir de aquel puerto, el capitán Brancart con su galeón *San Nicolás* topó con cinco piratas; peleó con ellos; rindió á tres, el uno de 38 piezas, otro de 32, el tercero menor, y recuperó uno que ellos habían capturado. Corlex se batió también con cinco mercantes armados de Holanda, llevando á San Sebastián dos de 300 y 200 toneladas que quedaron en su poder <sup>2</sup>.

Ocupaban los berberiscos á las galeras cuando no tenían

<sup>1</sup> *Relación de la vitoria que la Armada de su Mag. de la escuadra de Portugal ha alcanzado de una escuadra de galcones ingleses que andaban por aquella costa, y del incomparable daño que los nuestros han hecho en la pesquería este año de 1626.*—Academia de la Historia: Colección Sans de Barutell, art. 21, núm. 8.

<sup>2</sup> Relación impresa.



atenciones preferentes que cubrir, y como tantos corsarios ponían en la mar, se lograron este año presas aplaudidas <sup>1</sup>, porque con la superioridad militar de los bajeles redondos, mayor cada día, con la progresión de los cañones en los costados y su calibre, iba siendo temerario atacarlos con las embarcaciones de remo.

Bien sabido lo tenían los argelinos, que las entretenían con cualquier cebo echadizo ó con ataques á los presidios cuando se proponían algún golpe de mano. En 1627 tuvo que acudir la escuadra de D. Antonio de Oquendo al socorro de la Májora, hallándose en aprieto por falta de víveres <sup>2</sup>, y en su ausencia entraron en la bahía de Cádiz ocho navíos corsarios, que se llevaron dos barcos luengos <sup>3</sup>.

Hacia estos días tocó á la armada real sufrir desastres de los que más se sienten por menos presumidos. Habían llegado á la Coruña dos naos ricas de la India Oriental burlando á los enemigos, que las esperaban entre los cabos de la Roca y San Vicente: orden se dió para escoltarlas á la escuadra de Portugal, mandada todavía por D. Manuel de Meneses, que llegó sin accidente á Ferrol con seis galeones <sup>4</sup>. Bien amarrados en el puerto, influyendo la impaciencia de los indios por ver sus casas y la desavenencia entre Meneses y su almirante Antonio Muñiz, se decidió la salida á la mar con tiempo incierto, sospechoso á juicio de los pilotos prácticos. El 25 de Diciembre dieron velas; arrepintiéronse tan luego

<sup>1</sup> Ídem varias que se mencionan en el Apéndice general. Aparte de éstas, en la *Colección Vargas Ponce*, leg. ix, núm. 28, se contiene *Relación de las presas que las galeras de la escuadra de España han hecho desde el año 1621, que se hizo la última re-formación, hasta 1627*, especificando las circunstancias, valor y distribución de lo que importaron 16 navíos tomados, ocho argelinos, siete holandeses y uno inglés, con 102 piezas de artillería gruesa y 24 pedreros. Otros documentos de la *Colección Navarrete*, t. II, núm. 13, oportunos al juicio de estas escuadras, narran el viaje hecho en 1626 por el Marqués de Távara desde Barcelona hasta las Bocas de Bonifacio, con siete galeras de Sicilia y Génova, en circunstancias que las obligaron á arrojar al agua artillería, fogones y esquifes, forzadas por el temporal.

<sup>2</sup> Cédula honorífica dándole las gracias por el servicio contiene la *Colección Vargas Ponce*, legajo de almirantes.

<sup>3</sup> El 29 de Mayo, *Colección Sans de Burutell*, art. 3.º, núm. 871.

<sup>4</sup> *Capitana, Almiranta, San Cristóbal, San José, San Felipe, Santiago*. Las dos naos de la India se nombraban *Santa Elena* y *San Bartolomé*.



como se desatracaron de la costa, mas no era ya posible arribar, como quisieron; vino encima la tormenta, arrojándolos al golfo de Cantabria, donde forcejearon en dispersión, sin verse unos á otros ni á la tierra, cubierta con el celaje chubascoso. Las corrientes y el ventarrón los fueron aconchando sobre los bancos peligrosos de Francia. El 9 de Enero (1627) embarrancó primero el galeón *San Cristóbal*, cubriéndolo las olas sin que se salvaran más que tres hombres de la tripulación; á poco encalló el *San Juan*, almirante, pereciendo entre la resaca Muñiz, un hijo suyo y casi todos los acompañantes; el *San José*, con las dos naos de la India, siguieron, resistiendo todavía la capitana, que, no sabiendo donde estaba, navegó por las aguas de una embarcación creyéndola costera, y dió con la quilla en Socoa. Picó en el acto los mástiles; derribó la obra muerta; desembarcó alguna gente en bateles del pais, pero aun se ahogaron cerca de 300 personas, hecho pedazos el casco por el oleaje. Únicamente el *Santiago*, por resto de aquella escuadra, consiguió entrar salvo en Guetaria; los otros siete se perdieron totalmente, pasando de 2.000 la cifra de los muertos <sup>1</sup>.

No fué desgracia sola. Habían partido de Pasajes el 24 de Noviembre de 1626, 36 zabras ó pataches de á 60 toneladas, armados por D. Alonso de Idiáquez, con orden de pasar en

<sup>1</sup> Céspedes y Meneses, *Historia de Felipe IV.*—Ignacio da Costa Quintella, *Annaes da marinha portugueza*. Lisboa, 1839-1840. La impresión producida en Francia por el naufragio se dibuja en las relaciones populares:

*Recit veritable de la tempeste exrange arrivé sur la costa de Bayonne, ou toute la flotte Espagnole a été entierement perdue.* A. Paris, chez Joseph Guerreau, 1627, 8.<sup>o</sup>

*Veritable relation de l'horrible naufrage de la flotte Espagnole pres Saint Jean de Lux et autres lieux, ou se void la quantité des marchandises rares et exquisés, le nombre de Seigneurs et Gentils-hommes qui y commandoient comme aussi la perte des marchands et soldats qui y ont esté perdus. Le tout exactement recueilly des memoires de M. C. Pilote d'un des vaisseaux, lequel a esté sauvé par industrie d'un sien esclave.* A. Paris, chez Jean Martin, 1627, folio.

*Veritable relation de l'horrible naufrage de la flotte Espagnole pres Saint Jean de Lux et autres lieux.* Paris, chez Jean Martin, 1627, 8.<sup>o</sup>

Al mismo suceso corresponde la siguiente, aunque no lo dé á entender el título extraño:

*La desfaite de l'armée naval du Roy d'Espagne par le Roy de Dannemarc. Par le rapport de Messieurs de la Table de Marbre du Palais de Bordeaux.* A. Paris, chez Jean Guillemot, imprimeur, 1627, 8.<sup>o</sup>



ellos 14 compañías de infantería á Flandes <sup>1</sup>. En cuatro días llegaron al Canal de Inglaterra, donde el temporal, superior á su resistencia, las impelió hacia las costas de España. Según podían, fueron arribando á puertos de Galicia y Asturias, desaparejadas las más, reuniéndose en el de la Coruña, sin que faltaran más de cuatro, que naufragaron en Cariño y Rivadeo. Volvieron á salir en 11 de Enero (1627), reinando la tormenta que había causado el destrozo de la escuadra de Portugal, y lo mismo hizo con ellas; cuatro desaparecieron; dos se estrellaron en Arcachón, una en Motrico, dos en Guetaria, una en San Sebastián, siendo catorce, por tanto, las que se perdieron, con más de 500 vidas <sup>2</sup>.

La duplicada desdicha no estorbó que por halago á Francia, desatendiendo asunto de tamaño interés como era el de la guarda de las flotas de Indias (harto hubo que lamentarlo), se mandara á D. Fadrique de Toledo marchar con la escuadra del Océano y las de Oquendo y Acevedo, en junto 50 galeones, á sostener contra los ingleses al Duque de Guisa en la isla de Re, reforzando las naves que iban á estrechar el cerco de la Rochela. Como quiera que Oquendo consumió cincuenta y siete días sin poder montar el cabo Finisterre por la constancia de los vientos del Norte, y la comisión urgía, se ordenó la salida de D. Fadrique sin esperarle, con las naves de su escuadra y las de Cantabria, que gobernaban Francisco de Acevedo, Martín y Francisco de Vallecilla, más las zabras de Idiáquez que, al abrigo de los galeones, habían de insistir en la travesía á Flandes. De todos modos, la fuerza no llegaba á la mitad de la que en un principio se deter-

<sup>1</sup> Don Alonso de Idiáquez, maestre de campo, caballero de Santiago, había nacido en Amberes por los años de 1594 á 1596, siendo su padre teniente de la fortaleza; sirvió en la guerra de Flandes alcanzando empleo de capitán y viniendo á la casa de sus padres en Azcoitia, obtuvo nombramiento de superintendente de fábrica de naos en 1626, encargándosele la organización de la escuadrilla de zabras guipuzcoanas.

<sup>2</sup> Don Jacinto de Aguilar y Prado, *Compendio histórico*, Pamplona, 1629. *Escrito histórico de la armada que salió del puerto del Pasaje para los Estados de Flandes por mandado de su Mag. á orden de D. Alonso de Idiáquez*. Fué testigo de vista. Le Clerc, en su historia de Holanda, presume eran 42 las zabras, y que les cerró el paso la escuadra inglesa, echando á fondo cinco.



minó enviar, y era presumible que los ingleses procuraran con empeño evitar la unión con la armada francesa, presentando batalla á la nuestra en su camino. Creyéndolo así, dictó D. Fadrique instrucciones que importa conocer. Decía la cuarta:

«Han de tener cuidado particularísimo con seguir la bandera real de día, y de noche el fanal, advirtiendo que al que se derrotare no se le ha de admitir excusa, y desde luego le condeno en privación de oficio, al capitán de mar y piloto; y para que haya más cuidado, condeno en la misma pena al capitán de infantería que fuere gobernando la del dicho navío.

»Sexta. Si se ofreciere ocasión forzosa é inevitable de pelear, y la real y las demás se pusiesen á hacerlo, ya que los navíos son pocos, es necesario que el esfuerzo y valor lo supla, haciendo todos demostración de sus obligaciones, procurando aventajarse cada uno de por sí; pues el camino derecho es el asegurarse en su mismo esfuerzo. Y el hacerse lugar las armas y ejércitos no consiste en el número, sino en el valor. Esto y mucho más se confía de tan honrados capitanes y soldados. Y en caso (lo que Dios no quiera), que se descuidase alguno, faltando á hacer su deber, aunque se libre de las manos de los enemigos no se librará de la mía, y desde luego lo condeno en pena de la vida.»

Menester no fué poner á prueba el cumplimiento; los ingleses habían desalojado la costa, con lo que llegaron al puerto de Morbihan 34 galeones y 16 zabras, para cambiar saludos y cortesías con las naves francesas. A esto, á un paseo militar á la Rochela, se redujo la jornada, estéril en punto al mantenimiento de las relaciones; trabajosa por el frío que sufrió la gente, y costosa por accidentes que ocasionaron la pérdida del galeón *Santiago* y de un patache dentro del puerto de Morbihan y la varada y desarbolo de la capitana de Cuatro Villas, en la isla de Diu. El 5 de Febrero (1628) estaba la escuadra de vuelta en Santander <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Don Jacinto de Aguilar y Prado, *Compendio histórico* citado. *Escrito histórico*



Estéril dije, bajo cierto punto, porque no transcurrió largo espacio sin que, por cuestión del ducado de Mantua, se cambiara en enemistad la alianza, y por obra diestra del cardenal Richelieu siguieran complicaciones, alternativas de guerra y paz, vicisitudes por las que llegaron á tomar siniestro aspecto los negocios de Alemania, y que por cambio condujeron á los españoles casi á las puertas de París. Murió el intranquilo Duque de Saboya; pasó también de esta vida la infanta Isabel Clara, soberana de los Países Bajos, volviéndolos á la Corona de España; se acabó la hostilidad de Inglaterra; fué arreciando el choque de las armas en guerra esencialmente continental, sin dejar de ofrecer accidentes de los que cumplen á nuestra tarea <sup>1</sup>.

En el orden natural cronológico corresponde otra vez mención de los africanos, habiendo apretado el sitio de la Mámora, por lo que la inmediación de la plaza estorbaba á su puerto de Salé, uno de los más frecuentados por los corsarios del Océano. Avanzadas las trincheras bajo la dirección de ingenieros ingleses, cortada el agua, la batian con 22 piezas gruesas, teniéndola en apuro. Acudió el general Tomás de Larraspu, saliendo de Cádiz el 8 de Mayo (1628) con 35 naves; reconoció las posiciones, fondeando en la costa á mar abierto por estar la boca dominada; ordenó el desembarco, acometiendo inmediatamente por tierra y agua, y se hizo dueño del campo y del puerto, tomando ocho cañones, 300 quintales de pólvora y un barco longo, con todo lo que abandonaron en la huída. En los días siguientes cañoneó á Salé, costándole poca sangre el restablecimiento de la nor-

*de la armada que salió del puerto de la Coruña para la jornada de Francia á orden de D. Fadrique de Toledo, etc. Año de 1627.*—Instrucciones á D. Fadrique de Toledo, firmadas á 24 de Agosto de 1627. *Colección Navarrete*, t. xxxviii. En Francia se publicó relación titulada:

*La descente de la flotte d'Espagne ioincte à l'armée naualle du Roy, commandée par monsieur le Duc de Guise.* A Paris, chez Iean Barbote, en l'isle du Palais, 1627. Avec permission, 8.º

<sup>1</sup> La escuadra del Marqués de Villafranca apresó tres naves holandesas que cargaban sal en Ibiza con beneplácito de los isleños. *Boletín de la Sociedad Arqueológica Juliana*, Palma, Julio de 1892.



malidad en los presidios <sup>1</sup>, desviados los navíos en correrías más lejanas <sup>2</sup>.

Ocurrencia de género distinto, pacífica y regocijada, se originó con petición de la infanta D.<sup>a</sup> María para el rey de Hungría, hijo del Emperador. Un literato contemporáneo dijo que las bodas (1629) convirtieron á Madrid en otra India; tal era el lujo de los trajes, tal la gallardía de los trenes, tal, en fin, el boato que ostentó la grandeza y la Corte. Una India, cuenta otro, que parecía Barcelona, por la riqueza con que la ciudad recibió á la Reina desposada, y no habiéndose quedado atrás Zaragoza, donde el Rey se despidió de su hermana, juzgárase que las Indias se habían trasladado á este otro lado del Atlántico, trayéndonos sus vneros.

No hay que decir cómo la galera real se dispuso en la forma acostumbrada en semejantes ocasiones <sup>3</sup>. Doña María la encontró muy de su gusto, habiendo dado un paseo con las damas y gentiles hombres para saber cómo la probaría la mar. La partida definitiva de Barcelona se verificó el 12 de Junio (1630), habiéndose construido escala y puente de madera de 560 varas de largo, que desde palacio conducía á la misma galera. Seguíanla 23, contadas las de España, Florencia y Malta, que juntas hicieron cómoda travesía á Génova. Las contrariedades se encontraron donde menos se hubiera pensado, en el puerto, al saber que en todo el estado de Milán había peste, de que la gente huía, abandonando las ciudades <sup>4</sup>. Determinóse que la escuadra continuara el viaje á Ná-

<sup>1</sup> Relación enviada por el maestro de campo Francisco de Murga. *Colección Navarrete*, t. VI, núm. 42. Otra manuscrita en la *Colección de Jesuitas*, t. CXLVI, número 60. La impresa, que no difiere en lo esencial, eleva á 2.500 los moros muertos.

<sup>2</sup> Cita la *Biblioteca marítima* de Navarrete, t. III, pág. 99, *Relación de los sucesos que tuvo en la isla de la Madera y sus mares el gobernador obispo de Funchal, D. Gerónimo Fernando, con los piratas, año 1631*. Otra se imprimió refiriendo el ataque de 10 navíos á la isla del Cuervo el año 1632, en el que sólo en Argel se armaron 100.

<sup>3</sup> *Disquisiciones náuticas*, t. I, pág. 208. *Viajes regiois*, pág. 237.

<sup>4</sup> Grande fué el terror, pintado magistralmente en la novela clásica de Manzoni *I promessi sposi*. El Consejo de Castilla dió á 5 de Diciembre una pragmática que



poles, donde la Reina esperaría al verano siguiente, á fin de costear á Calabria, entrar en el Adriático y poner pie en tierra de Trieste.

Hecha notificación á la Señoría de Venecia, ofreció ésta á la Corte de España su armada para el transporte de la egregia viajera, por tener decidido que ninguna otra de guerra entrara en sus aguas. «Túvose por atrevida é insolente esta respuesta <sup>1</sup>», cambiando notas con mención de las capitulaciones hechas en tiempo del emperador Carlos V, por las que desistió la República de la pretensión al dominio del mar, lo que no negaron los senadores, contentándose con afirmar que eran aquellos otros tiempos diferentes de los que corrían; y como tampoco esto pudiera desmentir nuestro Gobierno sin revolver más el estado de Europa, disponiendo gruesa armada en el Mediterráneo cuando tanto le hacía falta en otros lados, y aun más gente y dinero, «calló la injuria veneciana y admitió la oferta» <sup>2</sup>.

Otros tiempos eran diferentes de los del virreinato del Duque de Osuna en Nápoles; no dejaron de decirlo en la corte los enemigos y aun los amigos del de Olivares, que harta mortificación sufría, haciéndose el sordo, ocupado en pormenores del itinerario y entrega de la señora, después de atravesar la Romanía y la mar á Trieste, tardando más de un año en llegar desde Madrid al lado de su esposo.

La República solemnizó su triunfo diplomático poniendo á disposición de la Reina de Hungría armada de 40 galeras,

empezaba diciendo: «Sepades que se nos ha dado noticia por personas celosas del servicio de Dios y nuestro, que algunos enemigos del género humano tratan de sembrar los polvos que con tan gran rigor han causado la peste en el estado de Milán.....» Del particular he tratado en las *Memorias históricas de la ciudad de Zamora*, t. III. pág. 588.

<sup>1</sup> Novoa, obra citada, pág. 100.

<sup>2</sup> Idem, íd. Asunto fué el de la actitud de Venecia que dió en qué entender al Consejo de Estado mucho tiempo, hasta que por indicación suya se convocó junta especial que lo estudiara. Emitió informe uno de los ministros (cuyo nombre no consta) historiando las pretensiones de esta especie en todos tiempos, y resumiendo las opiniones de autores de libros que sentaban principios de derecho. En su opinión, no había que esperar nada de semejantes publicaciones, pareciéndole más práctico atender á la defensa que á la réplica.—*Colección Zalvide*, art. 6.º, núm. 7.



tres galeazas, 12 galeones, 10.000 hombres de mar y guerra al mando del general Antonio Pisani. Era la real magnífica, sus marineros vestidos de terciopelo carmesí bordado de oro <sup>1</sup>.

Otro viaje de la Corte de España se dispuso para el litoral mediterráneo (1632); sólo que por contraste, malparadas las naves y galeras de gente y arreos, pocas de las segundas fueron al puerto de Barcelona para tributar honores al soberano, excusando la presencia el Duque de Fernandina, su capitán general, porque, habiendo acudido en persona á pedir de viva voz lo más necesario, fué desatendido, y causábase rubor que en el acto más solemne de publicidad se conociera la miseria oculta.

Que no era misterio para los corsarios, se colige por el hecho de haber dado caza á una embarcación hasta la boca del puerto, infiriendo á la Majestad ofensa semejante á la que recibió el emperador Carlos V en aquel mismo puerto; ofensa que, bien considerada, debía de aminorar mucho la satisfacción de los triunfos, sobre todo en los de pretensión de dominio del mar.

«Yo lo vi, escribía el ayuda de cámara <sup>2</sup>, que subían por el Oriente 12 bajeles gruesos; afrontáronse con Barcelona, y llevando las proas hacia Levante las volvieron hacia Poniente, y allí esperó la capitana á las demás, y volviéronse por donde habían venido. Un barcón grande que llegó, dijo que eran 18 y que todo el día le habían dado caza; presumióse era armada de Argel ó de la Goleta. Si el cabo fuera bizarro y no hiciera más que arrimarse y disponer su artillería, habría logrado famosa ocasión que diera bien que hablar al mundo. ¡Quiera Dios que sean corsarios encaminados solamente al robo y á pescar algún navío de mercaderes que les pueda ser de alivio ó ganancia, antes que otra empresa de reputación ni de nombre! Viéronlos los de las galeras y

<sup>1</sup> Relaciones impresas. Se verificó el embarco en Ancona el 26 de Enero de 1631.

<sup>2</sup> Matías de Novoa, *Historia de Felipe IV.—Documentos inéditos para la historia de España*, t. LXIX, pág. 171.



hablóse de salir á buscarlos. Desatino, á mi ver. Diez y ocho navíos corsarios que por lo menos traerían 600 piezas de artillería, 1.000 hombres y muy buena mosquetería, ¿era buen consejo que salieran ocho galeras á vasos grandes y altos, sin municiones, sin caudillos de consideración, apenas con 500 infantes y 40 piezas? Arriesgado habrían el lance: ó llevárselas ó echárselas á pique.... Los naturales de la tierra afirman que sin freno y sin vergüenza llegan allí alarbes y turcos y les llevan á los pescadores las mujeres y niños y las haciendas, sin poderlo remediar y sin haber un leño que los defienda.»

Sin duda que el Rey y el Conde-Duque oirían su críticas ó las de sus diputados; mas el segundo, al decir del historiador citado, poco afecto suyo, no era amigo de galeras; «nunca entró en ellas, porque le hace mal á la cabeza»<sup>1</sup>, aunque el Rey las visitó dos veces durante la jornada.

En una hizo ceremonia, para la cual bien hubiera sido de desear fuerza más lucida: tomó de manos del Duque de Tursi el bastón y lo entregó á su hermano el infante D. Carlos, poniéndole en posesión del empleo de *Príncipe de la mar*, con título nuevo que un año antes le había conferido en sustitución del cargo que sirvió el príncipe Filiberto.

«Quitóse la capa, tomóle y besó la mano al Rey, y todos hicieron lo mismo, y dieron algunos bordos por la mar. Besaron la mano al Infante otro día los capitanes, y mandó darles cadenas de oro.»

Poco tiempo le tuvo la armada en cabeza; falleció el 30 de Julio de 1632, antes de cumplir los veinticinco años de edad, siendo general el sentimiento de su pérdida<sup>2</sup>. Pero no ade-

<sup>1</sup> «De que podemos dar copia (añade), que jamás acometeremos ardua ni gloriosa empresa, si es tan delicado el rector de la monarquía.»

<sup>2</sup> Novoa elogió las grandes prendas y virtudes mostradas, extendiéndose en el epitome de su corta vida. Repite, y es de interés á la indumentaria, que para recibir el bastón de mando se quitó el ferreruelo y quedó en cuerpo, entrando en la galera patrona con los arreos y preseas de soldado; cabos de plata en el vestido, plumas blancas y banda roja. Don Gabriel Bocangel, bibliotecario del Cardenal infante, escribió *Retrato panegirico del serenísimo señor Carlos de Austria, infante de España, príncipe de la Mar*. Madrid, imprenta del Reino. Año MDCXXXIII, 8.º, 55 folios en octavas reales.



lantemos en ocurrencias; justo es consignar, en correctivo á la malevolencia de Nóvoa, que algún caso se hacía de la marina, aplicando al sostenimiento una parte del subsidio que las Cortes votaron y procurando medios de acrecentarla sin gravamen en su número; el proyecto de formar en Lisboa una Compañía semejante á las de Holanda que tuviera á cargo el comercio de la India Oriental y Guinea, para lo que convocó el Rey en Monzón á los principales señores portugueses <sup>1</sup>; el asiento tomado con el Conde de Leste para explotar las pesquerías de la costa occidental de Marruecos á condición de mantener 50 naves de guerra y de mercante <sup>2</sup>; el de Martín de Arana, para construir en Bilbao seis galeones <sup>3</sup>; la ampliación de los anteriores con Judici y Martolosi para otros en Cantabria <sup>4</sup>; los nuevos para extraer del fondo del mar artillería y caudales de los buques perdidos <sup>5</sup>; las ordenanzas de consulado en Nueva España, Perú, Chile, Brasil y Tierra Firme. Aun de la persecución de los corsarios berberiscos se trató con más calor que resultado, por haber escrito el capitán Guillermo Garret Memoria que hizo ruido, tratando de probar que la redención de cautivos hecha á metálico por las Órdenes religiosas de la Trinidad y de la Merced constituía un aliciente para la piratería y cautiverio. Calculando en cien mil ducados la suma que anualmente se empleaba en sacar de las mazmorras de Argel unos cuantos viejos ó impedidos, que eran los que los moros entregaban, proponía el empleo de la suma en la creación de una escuadra especial guarda-costas que sirviera de escuela de pilotaje y marinería, y haciendo presa en barcos y pueblos de moros, proporcionara número con que canjear á los cristianos sin el desprestigio que resultaba de pagarles contribución.

Respondió á la propuesta el Padre general de la Orden

<sup>1</sup> Céspedes y Meneses, fol. 261 vto.

<sup>2</sup> Año 1627. Academia de la Historia, est. 16, gr. 5, núm. 112.

<sup>3</sup> Colección Vargas Ponce, leg. xxvi.

<sup>4</sup> Colección Navarrete, t. xxxviii.

<sup>5</sup> Idem, t. ix, núm. 13.



Fr. Gabriel de la Ascensión, exponiendo con textos sagrados que la redención de cautivos era cosa antigua, usada y loada por la Iglesia, y debía continuar cual se hacía, porque las obras pías destinadas al objeto no podían tener otra aplicación, careciendo el Rey, y aun el Papa, de potestad ordinaria para conmutarlas, y mucho más para crear escuadras con su importe, no siendo exacto, por otra parte, que en la redención sola se empleara la cantidad dicha de ducados, pues que estaba comprendido en ella el sostenimiento de los religiosos y de sus conventos <sup>1</sup>.

Las razones tocaron á los escrúpulos de D. Felipe, por los que prevaleció la opinión de ser *detestables* las ideas del capitán; mas si el asunto se hubiera discutido no dejara de alegarse que la redención alimentaba un comercio, de que no sólo se aprovechaban los mahometanos. Tomáronse *in fraganti* navíos franceses ocupados en cautivar sobre la costa de Almería y Málaga pescadores que vendían en Argel con arreglo á convenio ajustado de antemano <sup>2</sup>.

Para acabar con los viajes, precisa hacer indicación del de el infante cardenal D. Fernando, nombrado virrey de Cataluña en la jornada de la Corte, y sucesivamente gobernador de Milán. Partió de Barcelona el 18 de Abril de 1633 con 18 galeras de las escuadras de España, Sicilia y Génova, llevando consigo 4.000 infantes napolitanos y algunos jinetes, embarcando de tarde en el muelle sin salva ni otros honores por el luto de su hermano D. Carlos, el Príncipe de la mar, y por el sentimiento con que se alejaba de España. En Villafranca de Niza conferenció con Vitorio, duque de Saboya, cumpliendo instrucciones reservadas del Rey para pre-

<sup>1</sup> *Mémemorial del General de la orden de Descalzos de la Santísima Trinidad, Redención de cautivos, contra el arbitrio dado por el capitán Guillermo Garret sobre la creación de una escuadra de seis naves que guarden las costas que miran á Berberiq y preserven estos reinos y sus habitantes del cautiverio de los moros, convirtiéndolo en el apresto y sustento desta escuadra lo que se gasta en redención de cautivos por medio de las órdenes de la Tr. nidad y Merced y diversas dotaciones. Pruébáse con razones sacadas de divinas y humanas letras y sentencias de santos y otros autores graves, que el dicho arbitrio no sólo no es admisible, mas antes muy detestable.* Impreso s. a. n. l. en 17 fojas folio. Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. CVI, núm. 22.

<sup>2</sup> *Disquisiciones náuticas*, t. II, pág. 120.



servarlo de los halagos de Francia; desembarcó en Génova despidiéndose del general de la escuadra, Duque de Fernandina <sup>1</sup>.

Muchas relaciones de episodios de aquellos tiempos se conservan; en ninguna he visto, y creo por lo mismo conveniente que se note la falta de fundamento de la especie grave sentada por D. Modesto de Lafuente en su *Historia general de España* <sup>2</sup>, repetida, como de costumbre, en la de D. Víctor Gebhardt <sup>3</sup>, de que «una escuadra de 90 velas que, á costa de sacrificios, se armó y envió entre Holanda y Zelanda (1632), fué enteramente destrozada por los holandeses con toda la gente que iba en la tripulación; apresadas las más de las naos y el resto de ellas á pique». Precisamente en el año que se cita destruyeron los bajeles de Dunquerque las pesquerías holandesas é hicieron presas de consideración <sup>4</sup>, y las escuadras reales, que no tuvieron destino en los mares del Norte, alcanzaron triunfos señalados, de que tratará el capítulo inmediato á éste.

<sup>1</sup> Miguel Parets, *De los muchos sucesos dignos de memoria ocurridos en Barcelona. Memorial Histórico Español*, t. xx, pág. 94, anotó la fecha con los pormenores del embarco. Novoa, después de exponer que el Infante fué separado de la corte porque estorbaba al Conde-Duque, celoso de cualquiera influencia, trató de la misión diplomática servida en este viaje, en que llevaba D. Fernando 27 galeras. En Amberes, año 1635, se publicó un libro, escrito por D. Diego de Aedo y Gallart, con título de *Viaje del infante cardenal D. Fernando de Austria desde 1632 á 1634*. Otra edición apareció en Madrid en 1637: *Viajes, sucesos y guerras del infante cardenal D. Fernando de Austria desde 12 de Abril de 1632, que salió de Madrid con S. M. don Felipe IV, su hermano, para la ciudad de Barcelona, hasta 21 de Septiembre de 1636*. Don Martín Fernández de Navarrete incluyó todavía en su *Colección de documentos*, t. II, núm. 16, una *Relación del viaje que hizo en los Estados de Flandes el Infante Cardenal*, con advertencia de haberla extractado de otra que vió inédita, relación que me indujo en error al redactar los *Viajes regios*, aplicando á D. Fernando asunto á que fué ajeno.

<sup>2</sup> Tomo XVI, pág. 100.

<sup>3</sup> Tomo V, pág. 442.

<sup>4</sup> Relaciones impresas.